

La izquierda poscomunista italiana en los años de Berlusconi

Lorenzo Bertucelli

Università degli Studi
di Modena e Reggio Emilia
lorenzo.bertucelli@unimore.it

Resumen: El artículo reconstruye los acontecimientos del principal partido de la izquierda italiana a lo largo del último cuarto de siglo. A partir del «cambio» de 1989-1991, momento en el que el Partido Comunista Italiano se convirtió en el Partido Democrático de la Izquierda, se abordan las diferentes etapas que llevaron a la construcción del Partido Democrático y al ascenso de Matteo Renzi en 2007. El análisis se centra en tres temas clave. En primer lugar, la compleja relación que el grupo dirigente del Partido Comunista mantuvo con su propia historia en momentos clave de la vida del partido. El segundo foco de interés son los intentos de fundar y estabilizar una cultura política, que se vieron debilitados, en la práctica, por las frecuentes oscilaciones estratégicas. Y, finalmente, las dificultades de liderazgo sufridas por los Gobiernos de centro-izquierda que se alternaron con aquellos dirigidos por Silvio Berlusconi. De esta forma se dibuja el perfil de una fuerza política que, a pesar de haber desarrollado un papel determinante en los años noventa, concretamente en el cumplimiento de los objetivos de los parámetros europeos y el ingreso de Italia en la moneda única, no consiguió oponerse eficazmente a la hegemonía política berlusconiana, y el de un grupo dirigente que se vio obligado a ceder el paso a un líder muy distinto políticamente y miembro ya de otra generación: Matteo Renzi, el primer secretario del partido que no procede de la historia del PCI-PDS.

Palabras clave: Partido Comunista Italiano, Partido Democrático Italiano, historia política, Italia, Matteo Renzi.

Abstract: The essay deals with the story of the main party of the Italian left in the last twenty five years. From the «turning point» of 1989-1991 in which the Italian Communist Party became the Democratic Party

of the Left, the article discusses the different steps towards the constitution of the Democratic Party and the rise of Matteo Renzi in 2007. The analysis tackles three main aspects. Firstly, the complex relationship that the leadership of the post-communist party had with its own history, at each significant step of the life of the party. Secondly, the attempts to establish and define a political culture, attempts that were actually weakened by frequent shifts between different strategic options. Finally, the leadership difficulties of the centre-left governments that alternated with those of Silvio Berlusconi. What emerges is, on the one hand, the profile of a political force that, despite playing a decisive role in the nineties, especially to fulfil the Maastricht parameters and achieve the entrance in the European Monetary Union, was unable to counteract effectively the political and cultural hegemony of Berlusconi. On the other hand, a collective leadership that has finally lost control of the party in favour of a very different leader: Matteo Renzi, the first secretary of the party that does not come from the history of the PCI-PDS.

Keywords: Italian Communist Party, Italian Democratic Party, political history, Italy, Matteo Renzi.

El «giro». El fin del PCI y el nacimiento del Partido Democrático de la Izquierda

12 de noviembre 1989. El secretario del PCI, Occhetto, acaba de volver de Bruselas, donde ha visto en la televisión las imágenes de la caída del Muro de Berlín. Llega a Bolonia invitado a celebrar el aniversario de una batalla partisana. Parece una cita de rutina y, en efecto, en la sección de la «Bolognina» hay sólo militantes y ex-partisanos; nadie de la prensa nacional, sólo dos cronistas locales y un fotógrafo. Occhetto empieza a hablar: «Gorbachov se ha reunido con los veteranos de la segunda Guerra Mundial y les ha dicho: “Habéis ganado la guerra y si ahora queréis que no se pierda es necesario no conservar, sino iniciar grandes transformaciones”. Todo ello me incita a inventar nuevas vías para unificar las fuerzas de progreso en lugar de insistir sobre viejos planteamientos». Entonces, uno de los cronistas presentes le pregunta: «Disculpe, pero ¿esto hace presagiar también el cambio de nombre?». El secretario del PCI responde: «Hace presagiar todo»¹. Parece que todo llegue

¹ Luca TELESE: *Qualcuno era comunista*, Milán, Sperling & Kupfer, 2012, p. 38 (1.ª ed., 2009).

sin estruendo, casi casualmente. Obviamente no es así: Occhetto ha meditado la decisión, conoce a su partido y sabe que sólo una iniciativa personal que aproveche el momento favorable creado por la caída del Muro le puede permitir plantear al partido la cuestión. La historiografía ha tendido a polarizarse en torno a la interpretación del «giro», visto como el resultado inevitable de los acontecimientos internacionales o como el resultado de un proceso interno. Se trata de divergencias que recuerdan los diferentes enfoques sobre el conjunto de la historia del PCI: partido condicionado por su alianza con Moscú, por tanto antisistema y heterodirigido, o bien un partido arraigado en la realidad nacional y en grado de obtener espacios de autonomía y originalidad².

El «giro» de 1989, en realidad, es un camino que requiere dos años de tiempo y cuyos resultados no pueden darse por descontados. Por supuesto, los acontecimientos de Berlín constituyen «la ocasión» para superar las resistencias internas en el partido, pero el proceso de cambio había ya empezado. Ciertamente, el fin de los regímenes comunistas supone un impacto relevante sobre un partido que ya desde hace tiempo se había alejado de «aquel» comunismo. En 1989, el PCI se encuentra en una situación complicada: es todavía un partido «lo suficientemente comunista para diluirse cuando desaparece del horizonte el comunismo real, pero no lo bastante como para seguir definiéndose comunista como si nada hubiera pasado»³. Las propias referencias a Gorbachov para legitimar la decisión de cambiar el nombre al partido atestiguan cuánto «el partido permaneciera aún ligado al comunismo internacional». En este sentido, el «giro» de Occhetto se presenta «tardío y oportuno al mismo tiempo»⁴.

Por lo demás, la elección de Occhetto y el ascenso al poder de una nueva generación en torno a los cuarenta años —de Massimo

² Véanse, como ejemplos de estas dos tendencias, Victor ZASLAVSKY: *Lo stalinismo e la sinistra italiana. Dal mito dell'Urss alla fine del comunismo*, Milán, Mondadori, 2004, y Marcello FLORES y Nicola GALLERANO: *Sul Pci. Un'interpretazione storica*, Bolonia, Il Mulino, 1991; y sobre el concepto de «área de la legitimidad», véase Giovanni SABBATUCCI: «La soluzione trasformista. Appunti sulla vicenda del sistema politico italiano», *Il Mulino*, 2 (1990), pp. 171-196.

³ Carlo GALLI: *Sinistra*, Milán, Mondadori, 2013, p. 95.

⁴ Giuseppe VACCA: *Il riformismo italiano. Dalla fine della guerra fredda alle sfide future*, Roma, Fazi, 2006, pp. 28 y 17, respectivamente.

D'Alema a Walter Veltroni— habían cambiado los equilibrios del grupo dirigente y suscitado un proceso de revisión⁵. La nueva dirección siente la urgencia de salir de una fase de estancamiento, de una oposición orgullosa pero carente de salidas, que llevaba a que el Gobierno alternativo fuera imposible y la democracia italiana estuviera bloqueada⁶. Plantear el problema de la alternancia efectiva del Gobierno y de las necesarias reformas institucionales, como hace Occhetto recién elegido secretario, significa indicar como objetivo prioritario el desbloqueo del sistema político y por tanto, implícitamente, cambiar también el PCI⁷.

Es evidente, por tanto, que el impacto emocional de la caída del Muro se convierte en el «pretexto» que el secretario utiliza para lograr sus objetivos, poniendo en cuestión la identidad del partido, sin cuya transformación cualquier cambio de ritmo sería poco realista. Para Occhetto, por tanto, el «cambio» no es una «dura necesidad» —definición de D'Alema—, sino la elección de «un nuevo comienzo», una oportunidad de renovación que hay que aprovechar en el momento en el que se disuelven los vínculos internacionales.

La política del partido, sin embargo, no es lineal. En el plano internacional, Occhetto oscila entre el alineamiento con la Internacional Socialista, y con el grupo socialista del Parlamento Europeo, y la ilusión de un comunismo reformado sobre la base de la acción de Gorbachov. En el plano interno, el «nuevo PCI» de finales de los ochenta no es capaz de decidirse entre apostar por la unidad de la izquierda con el Partido Socialista de Craxi o abrirse a la «sociedad civil» y a la «izquierda sumergida», es decir, entre convertirse en un partido de tipo socialista o en un partido democrático. Esta vaguedad refleja la dificultad de interpretar los grandes cambios en el mundo del trabajo y la desorientación frente a la erosión de sus tradicionales ámbitos sociales de referencia. Los poscomunistas se presentan cada vez más como «fordistas desorientados»⁸, mos-

⁵ Carlo BACCETTI: *Il Pds*, Bologna, Il Mulino, 1996, pp. 37-43.

⁶ Alberto DE BERNARDI: *Un paese in bilico. L'Italia degli ultimi trent'anni*, Roma-Bari, Laterza, 2014, p. XVII.

⁷ Giuseppe VACCA: *Il riformismo italiano...*, p. 25.

⁸ Carlo GALLI: *Sinistra...*, p. 93, y Guido CRAINZ: *Il paese reale. Dall'assassinio di Moro all'Italia di oggi*, Roma, Donzelli, 2012, pp. 163-173.

trando grandes dificultades en la interpretación de las transformaciones en curso⁹. Todo ello lleva al partido a refugiarse en cánones de identidad suplementarios —respecto a una ideología considerada inútil— centrados en la «cuestión moral», la necesidad de promover una nueva ética pública contra la corrupción y, por tanto, en su «diversidad» respecto a los partidos de gobierno. De este modo, el partido parece más interesado en definir «lo que debe ser» respecto a «lo que debe hacer»¹⁰.

Estas incertidumbres y las divisiones internas explican el hecho de que pasen dos años para llegar a la fundación del PDS y prefiguran algunas de sus oscilaciones posteriores. El *blitz* de Occhetto falla y lo que iba a ser una rápida aceleración hacia el proceso constituyente del nuevo partido, abierto a la participación de fuerzas externas, se convierte en un proceso agotador que requerirá dos congresos y pondrá en crisis el liderazgo del propio secretario.

Para tratar de reagrupar en lo posible el partido, se aumentan la imprecisión analítica y las connotaciones políticas: entre el problema no resuelto de la relación con el PSI¹¹, la perspectiva de un partido radical de masas con fuertes aportaciones de la sociedad civil¹² y la configuración de un partido socialdemócrata o generalmente progresista, lo que al final emerge es una renovación que, más que políticamente definida, asume «la naturaleza más restringida del recambio generacional»¹³.

Occhetto contiene la disidencia del ala izquierda —tanto que la escisión que lleva al nacimiento del Partido de la Refundación Comunista es bastante reducida— y es elegido secretario del nuevo partido, pero su posición depende ahora del apoyo de D'Alema,

⁹ Marco REVELLI: *Finale di partito*, Turín, Einaudi, 2013.

¹⁰ Andrea POSSIERI: *Il peso della storia. Memoria, identità, rimozione dal Pci al Pds (1970-1991)*, Bologna, Il Mulino, 2007, p. 279.

¹¹ Marco GERVASONI: *La guerra delle sinistre. Socialisti e comunisti dal '68 a Tangentopoli*, Venecia, Marsilio, 2013, pp. 157-160; Simona COLARIZI y Marco GERVASONI: *La tela di Penelope. Storia della seconda Repubblica*, Roma-Bari, Laterza, 2012, pp. 10-12, y, más en general, Massimo L. SALVADORI: *La sinistra nella storia italiana*, Roma-Bari, Laterza 2001.

¹² Entre los promotores de este planeamiento se encuentran intelectuales y la revista *Micromega*, dirigida por Paolo Flores D'Arcais, así como grandes medios de comunicación, a partir del periódico *La Repubblica*.

¹³ Francesco BARBAGALLO: *L'Italia repubblicana. Dallo sviluppo alle riforme mancate (1945-2008)*, Roma, Carocci, 2009, p. 198.

verdadero artífice de la mediación con la izquierda del partido que decide quedarse en el PDS.

Poscomunistas a prueba (1992-1994)

La difícil relación con su propia historia constituye una de las características del nuevo partido, vinculada a los rasgos poco definidos del PDS. En un partido en el que la identidad había sido particularmente importante, la historia había desempeñado siempre un papel crucial: «somos el partido de Gramsci, Togliatti y Berlinguer», se exclamaba en las manifestaciones comunistas. Y sin embargo, en la transición al poscomunismo la historia del PCI se convierte en un problema político.

Frágil en su fisonomía y carente de grandes recursos simbólicos, el nuevo partido no acaba de «hacer las cuentas con el propio pasado y con el propio futuro»¹⁴, no revisa críticamente la historia del comunismo y a menudo prefiere la omisión, cuando no el silencio, aumentando de este modo sus dificultades para definir los nuevos fines de su acción. También sobre este tema nos encontramos con diferentes interpretaciones. Esquemáticamente, por una parte se encuentran los que creen que se trata de una operación consciente, destinada a relativizar los lazos hereditarios con un partido que ha compartido las atrocidades del estalinismo; por la otra, los que identifican en el ansia de una renovación regeneradora el deseo de remover el pasado, aun a costa de cancelar los aspectos positivos de la experiencia comunista en la lucha antifascista y en la Italia republicana.

La falta de una reflexión política y cultural sobre la experiencia soviética tiene importantes consecuencias. Gran parte de la cultura política del partido utilizaba herramientas intelectuales ligadas a aquellos eventos. Por no hablar de los modelos de organización y concepción del partido. Pasar página sin afrontar críticamente estas cuestiones podía ser políticamente «conveniente» en lo inmediato, pero conllevaba el riesgo de producir fragilidad cultural, cuando no afasia¹⁵. Pero aún más conlleva una herencia más problemática y

¹⁴ Guido CRAINZ: *Il paese reale...*, p. 250.

¹⁵ Andrea GRAZIOSI: «Vittorio Foa e la sinistra italiana, 1933-2008», *Il mes-*

más duradera la tendencia a relegar a la penumbra el conjunto de la historia del PCI en los cincuenta años de la República¹⁶. Los poscomunistas, según ha sido observado, renunciaron a tratar de mantener viva la parte más positiva de su historia, «prefiriendo refugiarse en el olvido»¹⁷. El resultado es un partido que logra «dilapidar en un instante todo lo que había construido en medio siglo, presentándose como penitente [...], lejos de llevar a buen puerto y hacer valer lo que en Italia había sido verdaderamente: un gran partido de masas, propulsor y garante de la democracia en oposición y equilibrio con el partido de gobierno»¹⁸.

Una formación política, por tanto, con poca memoria, con mucho remordimiento, sin una narración y un lenguaje eficaz para conectar el pasado y el presente, un partido en el que hacer olvidar el pasado se vuelve más importante que la forma de leerlo. Un partido, por tanto, expuesto al riesgo de subordinación cultural y de identidad incierta¹⁹.

Los problemas no son inmediatamente evidentes porque el PDS se encuentra en un contexto inicial de gran ventaja. En 1992, el sistema político estalla bajo los efectos de una amplia operación de la magistratura milanesa sobre la corrupción, «Tangentopoli», que elimina los dos mayores partidos de gobierno, DC y PSI, dejando aparentemente el campo libre al PDS²⁰. En el clima de deslegitimación general de la política y los partidos, la izquierda está convencida de ganar gracias al vacío político existente y se está preparando para las elecciones de 1994, en las que se enfrentará a Silvio Berlusconi²¹.

tiere di storico, IV, 1 (2012), pp. 7-35, esp. p. 32; Vittorio FOA, Miriam MAFAI y Alfredo REICHLIN: *Il silenzio dei comunisti*, Turín, Einaudi, 2002, y Barbara SPINELLI: *Il sonno della memoria*, Milán, Mondadori, 2001.

¹⁶ Paul GINSBORG: «Italian political culture in historical perspectives», *Modern Italy*, 1, 1 (1995), p. 3-17, esp. p. 11.

¹⁷ Antonio GIBELLI: *Berlusconi passato alla storia*, Roma, Donzelli, 2010, p. 32.

¹⁸ Mario ISNENGI: *Storia d'Italia. I fatti e le percezioni dal Risorgimento alla società dello spettacolo*, Roma-Bari, Laterza, 2011, p. 639.

¹⁹ Martin J. BULL: «The PDS, the progressive alliance and the crisis», *Modern Italy*, 1, 1 (1995), pp. 30-39.

²⁰ Véanse Ernesto GALLI DELLA LOGGIA: *Tre giorni nella storia d'Italia*, Bologna, Il Mulino, 2010, pp. 106-128; Paul GINSBORG: *L'Italia del tempo presente. Famiglia, società civile, Stato*, Turín, Einaudi, 1996, pp. 474-477; Guido CRAINZ: *Il paese reale...*, pp. 225-231, y Luciano CAFAGNA: *La grande slavina*, Venecia, Marsilio, 1993.

²¹ En el bienio 1992-1994 se abren diligencias a 338 diputados y 100 senado-

En una fase de profunda desilusión de la opinión pública con los partidos políticos, de vastas pulsiones antipolíticas mezcladas con vagas ansias de renovación, frente a la capilaridad de la corrupción revelada por las investigaciones judiciales, es comprensible que el PDS opte por jugar la carta de su propia «diversidad» y se convierta en el paladín de una gran operación de justicia que renueve profundamente la clase política de gobierno. Esta estrategia, sin embargo, conlleva algunos elementos problemáticos: en primer lugar, la izquierda se encuentra a remolque de la acción de la magistratura y, por tanto, no es el sujeto del cambio. Además, la insistencia sobre argumentos ligados a la moralidad pública termina por debilitar la lectura de los grandes cambios que se están verificando (baste pensar en las consecuencias del Tratado de Maastricht, en términos de políticas económicas y sociales). Por último, la valoración positiva del movimiento de indignación popular contra los políticos corruptos lleva a la convicción, más tarde demostrada equivocada, de un resultado necesariamente «virtuoso y progresista» de aquel periodo.

De esta forma, el PDS acentúa el carácter «moralista-judicial» de su propia política y, de hecho, confía la posibilidad de un cambio de la sociedad y del cuadro político únicamente a la acción de la magistratura²². La consecuencia ulterior de este planteamiento es un partido poco interesado hacia los movimientos de la Italia profunda, que no advierte el aumento de la distancia entre la sociedad y las instituciones, ni la agitación generada por la deslegitimación de los partidos —que no hace distinciones políticas— ni la fuerza de la petición de nuevas protecciones de los territorios expuestos a la globalización y el retiro de las políticas estatales (promovidas por la Liga Norte), o los gritos de socorro lanzados por los pequeños empresarios sofocados por la burocracia. Un partido que no es capaz de ofrecer un horizonte a un país en rápida transformación, que desprecia a Berlusconi y a sus partidarios, a los que

res, junto a centenares de cargos electos locales. Marc LAZAR: *L'Italie contemporaine de 1945 à nos jours*, París, Fayard, 2009, p. 108. Véase también Perry ANDERSON: *L'Italia dopo l'Italia. Verso la Terza Repubblica*, Roma, Castelvecchi, 2014, pp. 18-19.

²² Giovanni BELARDINELLI: *La catastrofe della politica nell'Italia contemporanea*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2014, pp. 21-26, y Ernesto GALLI DELLA LOGGIA: *Tre giorni nella storia d'Italia...*, p. 112.

se les atribuye una «inferioridad antropológica»²³ y, por tanto, en el plano político, un partido que sólo logra construir una coalición, la «Alianza de los progresistas», que incluye a los Verdes y Refundación Comunista, pero no al Partido Popular, heredero de la DC, ni al movimiento proreferendum de Mario Segni, en aquellos tiempos muy popular por haber impuesto consultas sobre la Ley Electoral percibidas como «contrarias al poder de los partidos»²⁴.

En todo caso, en la víspera de las elecciones, el PDS parece encaminado hacia la victoria. El cuadro político ha sido desbloqueado y los Gobiernos de Amato (1992) y Ciampi (1993) han iniciado el saneamiento financiero y estipulado acuerdos con los sindicatos sobre costes laborales, inflación y productividad, poniendo las bases para una política de concertación y para el respeto de los parámetros de Maastricht²⁵. Pero la subestimación de Berlusconi y los errores políticos de Occhetto²⁶ se revelan fatales en las elecciones de 1994. El fracaso es inesperado y, por tanto, traumatizante²⁷.

Las ilusiones de éxito de la izquierda parecen todavía menos fundadas si se consideran las dificultades de la fase histórica en la que

²³ Véase Giovanni ORSINA: *Il berlusconismo nella storia d'Italia*, Venecia, Marsilio, 2013, en el que el autor señala, por el contrario, el carácter novedoso de la propuesta política de Berlusconi: por primera vez en la historia de Italia un líder y un partido político no se dirigen a los italianos indicando cómo «deben ser», es decir, con un enfoque «pedagógico/ortopédico», sino incitándoles a valorizar «lo que son».

²⁴ Guido CRAINZ: *Il paese reale...*, pp. 253-256.

²⁵ Giuliano AMATO y Andrea GRAZIOSI: *Grandi illusioni. Ragionando sull'Italia*, Bologna, Il Mulino, 2013, pp. 192-196; Paul GINSBORG: *L'Italia del tempo presente...*, pp. 498-501 y 520, y Michele SALVATI: *Tre pezzi facili sull'Italia. Democrazia, crisi economica, Berlusconi*, Bologna, Il Mulino, 2011, pp. 93-99. Para un análisis del papel central y sustitutivo del sindicato, junto con la Banca de Italia, en la crisis del sistema político, véase Adolfo PEPE: «I lunghi anni ottanta (1980-1993)», en Lorenzo BERTUCELLI, Adolfo PEPE y Maria Luisa RIGHI: *Il sindacato nella società industriale*, Roma, Ediesse, pp. 319-358.

²⁶ Sintéticamente: una coalición limitada que excluye a los católicos democráticos y a los seguidores de Mario Segni, subestimando la polarización del electorado; la indecisión respecto al Gobierno con Ciampi, y la elección de no indicar un líder de coalición como candidato a premier. Véase Giuseppe VACCA: *Il riformismo italiano...*, pp. 41-48.

²⁷ El PDS sólo consigue el 20,4 por 100, con la coalición de los progresistas, que obtiene el 32,9 y el centro con el 16, mientras que la alianza de Berlusconi con la Liga Norte y Alianza Nacional llega al 45,9 por 100.

nace el nuevo partido. Años complicados para el conjunto de la izquierda europea. Desde esta perspectiva, considerar Italia como un caso excepcional resulta poco útil, dada su participación en fenómenos detectables en la mayor parte de los otros países europeos²⁸. La crisis de la política y de su capacidad de mando es un fenómeno global originado por la desestructuración de la regulación estatal del capitalismo y la consecuente «crisis de racionalidad» sistémica y de legitimidad, en primer lugar de los grandes partidos de masas²⁹. Con la «revolución» neoliberal y la globalización, roto el compromiso entre el capital y el trabajo, todo Occidente ha tenido que preguntarse sobre la crisis de los sistemas pluralistas o las derivas populistas en las democracias y, en todo caso, sobre las modificaciones profundas y el déficit de los sistemas de representación —de la «democracia del público» a la *démocratie de la défiance*—³⁰, elementos en cuyo ámbito se coloca la emersión política de Berlusconi³¹.

Tendencias profundas que se inscriben en las especificidades italianas. Un país que llega al momento decisivo de los años noventa con la carga de una deuda pública descontrolada, una presencia del Estado en la economía amplia e ineficiente, y un sistema público que promueve el gasto y no está en condiciones de reformar hacia una mayor competitividad el aparato productivo. Para la izquierda, la peculiaridad del caso italiano es evidente. El fin de los regímenes comunistas no lleva a la extinción del PCI, sino a su transformación. Y no sólo. La contemporánea «Tangentopoli» hunde al PSI. De esta forma, el PDS se presenta en los noventa como el sujeto más importante de la izquierda italiana y eje de las coaliciones de gobierno del país entre los años 1996 y 2001.

²⁸ Marc LAZAR: *L'Italie contemporaine de 1945 à nos jours...*, p. 13, y Giovanni GOZZINI: «L'Italia di Berlusconi come problema storiografico», *Italia contemporanea*, 273 (2013), pp. 648-649.

²⁹ Alberto DE BERNARDI: *Un paese in bilico...*, pp. XV-XVI.

³⁰ Bernard MANIN: *Principes du gouvernement représentatif*, París, Calman Levy, 1995, y Pierre ROSANVALLON: *La contre-démocratie. La politique à l'âge de la défiance*, París, Seuil, 2006.

³¹ Con interpretaciones diferentes, véanse Simona COLARIZI, Marco GERVA-SONI: *La tela di Penelope...*; Carlo GALLE: *Sinistra...*; Alberto DE BERNARDI: *Un paese in bilico...*; Giovanni ORSINA: *Il berlusconismo nella storia d'Italia...*; Piero IGNAZI: *Vent'anni dopo. La parabola del berlusconismo*, Bolonia, Il Mulino, 2014; Michele SALVATI: *Tre pezzi facili sull'Italia...*, pp. 108-124, y Perry ANDERSON: *L'Italia dopo l'Italia...*, p. 162.

En el cuadro de las dificultades generales atravesadas por los grandes partidos, por partidos de la izquierda europea que no ofrecen puntos sólidos de referencia, los problemas de la izquierda italiana asumen, por tanto, el perfil peculiar de la evolución de un partido poscomunista, nacido de una rotura con su propia historia insuficientemente asimilada, que durante quince años no sabrá si convertirse en un partido socialista o democrático y, por ello, con dificultades para convertirse en el elemento estabilizador de la futura coalición de centroizquierda.

El PDS de D'Alema y los Gobiernos de centroizquierda (1996-2001)

La derrota electoral de 1994 le cuesta el liderazgo a Occhetto. El secretario del «giro» paga la incertidumbre del partido y, sobre todo, la infravaloración de Berlusconi. En este punto, la historiografía es unánime, subrayando la incompreensión de la izquierda respecto a la capacidad de líder de Forza Italia de revolucionar los modos de hacer política, así como sus opiniones tranquilizadoras sobre la inexperiencia política de *Il Cavaliere* y la incapacidad de advertir hasta qué punto la movilización antipolítica, generada por «Tangentopoli», había sido hábilmente interceptada por una fuerza capaz de presentarse como «nueva»³². Se ha subrayado, en este sentido, que el énfasis puesto en la interpretación de Berlusconi como «degeneración moral» haya debilitado a largo plazo la capacidad de entender las bases de su amplio consenso, adormeciendo la izquierda en una especie de «antropología antiberlusconiana», ciertamente útil para consolidar las coaliciones heterogéneas que se contraponían a *Il Cavaliere*, pero frágil desde el punto de vista político, no siendo capaz de advertir hasta qué punto la visión berlusconiana concordaba con los «nuevos valores» surgidos de las transformaciones de los años ochenta, ni el grado de estructuración alcanzado por la red de alianzas de Forza Italia³³.

³² Francesco BARBAGALLO: *L'Italia repubblicana...*, p. 223, y Michele SALVATI: *Tre pezzi facili sull'Italia...*, p. 91.

³³ Ernesto GALLI DELLA LOGGIA: *Tre giorni nella storia d'Italia...*, p. 146, y Simona COLARIZI y Marco GERVASONI: *La tela di Penelope...*, pp. 49-52.

El nuevo secretario del PDS, Massimo D'Alema³⁴, encamina el partido hacia un perfil cercano al de los socialistas europeos y tiene como objetivo ampliar la coalición a las fuerzas católicas democráticas y, en particular, al Partido Popular. Según D'Alema, es necesario un proyecto amplio, ya que la victoria del polo construido en torno a Forza Italia ha demostrado que el sistema político tiene una estructura bipolar y a través de la «anomalía» Berlusconi el país ha entrado en la época «normal» de la alternancia³⁵, definida inapropiadamente como «Segunda República»³⁶.

D'Alema acusa a Occhetto de haberse subordinado a la tradicional vocación de las élites italianas, hostiles a los partidos y a las instituciones del Estado y, con ello, de haber hecho una lectura equivocada de la crisis sistémica de 1992-1994 sin identificar el verdadero problema: las dificultades del capitalismo italiano frente a la nueva competencia internacional y a la cesura histórica introducida por los vínculos europeos. Haber puesto al centro de la atención los vicios de la partitocracia contrapuesta al mito de la sociedad civil no ha hecho otra cosa —sostiene D'Alema— que allanar el camino al éxito de la derecha. Por estas razones es necesario impulsar al partido como eje de un proyecto reformista en grado de promover una amplia coalición de centroizquierda. Un proceso político no improvisado y una propuesta de gobierno innovadora, resultado de un encuentro entre las diversas tradiciones culturales y los intereses sociales del mundo del trabajo y de la empresa, sin pensar que «puedan desvanecer por encanto los partidos [...], mientras cualquier mago saca del sombrero el conejo blanco de un nuevo partido democrático, entre los aplausos de la platea extasiada»³⁷.

Las palabras del secretario del PDS muestran explícitamente las tensiones que sacuden al partido, las hipótesis estratégicas divergen-

³⁴ D'Alema se convierte en secretario a pesar de que una consulta interna hubiera mostrado la preferencia en el partido hacia Veltroni, 42 frente al 36 por 100.

³⁵ Ernesto GALLI DELLA LOGGIA: *Tre giorni nella storia d'Italia...*, pp. 132-135.

³⁶ Más allá del cambio de la Ley Electoral, en realidad no se producen modificaciones en el sistema constitucional e institucional. Véase Guido CRAINZ: «Italy's political system since 1989», *Journal of Modern Italian Studies*, 20, 2 (2015), pp. 176-188, y Umberto GENTILONI SILVERI: «Italy's unfinished transition: between domestic dynamics and international change», *Journal of Modern Italian Studies*, 20, 2 (2015), pp. 189-201.

³⁷ MASSIMO D'ALEMA: *Un paese normale. La sinistra e il futuro dell'Italia*, Milán, Mondadori, 1995, pp. 66-67.

tes que se convierten también en un choque entre personalidades, en primer lugar entre D'Alema y Walter Veltroni. Por un lado, la visión del secretario centrada en el relanzamiento del partido como indispensable instrumento organizativo y de la movilización del consenso, reivindicando la reactivación de la cultura y la profesión política. Un gran partido socialdemócrata promotor de amplias alianzas sociales y de un programa de gobierno a la altura de los nuevos desafíos de la globalización. Por el otro, la tendencia a la creación de un partido democrático que, en el planteamiento de Veltroni, encuentra sus puntos de referencia en la experiencia americana y contempla la posibilidad de la disolución de la izquierda tradicional para contribuir a la creación de un nuevo sujeto progresista capaz de fundir las culturas socialistas y católicas democráticas, organizándose en formas nuevas y más abiertas respecto a los partidos del siglo XX. De esta forma, se configura un dilema estratégico que acompañará a la izquierda italiana durante los años siguientes, por lo menos hasta el nacimiento del Partido Democrático en 2007, pero que no se resuelve hasta la arrolladora ascensión de Matteo Renzi al vértice del partido, constituyendo, quizás, una de las razones de fondo de la misma.

A mediados de los noventa, frente a un marco político que cambia rápidamente a causa del rápido agotamiento del primer Gobierno de Berlusconi, se encuentra la solución en el «Olivo». No se trata de una fusión, sino de una alianza entre el PDS y el PPI —con el apoyo externo de Refundación Comunista— liderado por Romano Prodi. Tras un breve Gobierno encabezado por Lamberto Dini, el «profesor» lleva al Olivo el éxito en las elecciones de 1996³⁸ y se pone al frente de un Gobierno con objetivos claros: consolidar la alianza entre la izquierda reformista y los sectores innovadores del capitalismo italiano y llevar al país hacia una modernización que pueda ubicarlo eficazmente en el nuevo escenario europeo. Todo ello se condensa en el objetivo estratégico y simbólico de la moneda única: respetar los parámetros de Maastricht para entrar en el euro se convierte en la ocasión para relanzar el «sistema Italia», para afrontar los problemas de la deuda pública y la caída de la competitividad del país³⁹.

³⁸ La victoria, muy ajustada, fue posible por la Liga Norte, 10 por 100 de los votos, que no se unió al Polo por las Libertades de Berlusconi.

³⁹ Giuseppe VACCA: *Il riformismo italiano...*, pp. 56-65.

El Gobierno del Olivo alcanza los objetivos del saneamiento económico y el ingreso en la moneda única en 1998. Se trata de un logro importante, destacado unánimemente por la historiografía, que cierra la fase de la historia política italiana abierta con la crisis de 1992, durante la cual es posible trazar una línea de continuidad que comprende los Gobiernos de Amato y Ciampi, basada en el rigor financiero, el pleno apoyo a los objetivos europeos y el intento de introducir liberalizaciones y privatizaciones.

Sin embargo, una vez logrado el resultado de la «entrada en Europa», la coalición se disgrega. Es evidente que el reducido margen de la mayoría parlamentaria expone al Gobierno al juicio de Refundación Comunista, que al final decidirá retirar su confianza sobre la Ley de Presupuestos, pero probablemente actúan tensiones más profundas que, una vez logrado el objetivo del euro, llevan a una ruptura en la mayoría de gobierno. En primer lugar, el Olivo, no logra dar forma a una cultura política compartida. La mayoría «olivista» que sostiene al Gobierno consiste todavía en una suma de partidos que a finales de 1998 ya no encuentra un compromiso común. Además, la vaguedad de los objetivos y las perspectivas dentro del PDS terminan por socavar el propio liderazgo de Prodi, premier sin un partido propio. Para el grupo dirigente próximo a D'Alema, el objetivo prioritario sigue siendo el reforzamiento del perfil del partido en la dirección de una formación que recoja todas las culturas reformistas del país que tengan como referencia al socialismo europeo. De esta forma, nacen en 1998 los Democráticos de Izquierda (DS), mediante un proceso en realidad muy interno al partido, poco incluyente y, en resumidas cuentas, poco «olivista»⁴⁰.

La caída de Prodi abre el camino al regreso de Berlusconi al poder. Influyen en ello algunas decisiones de aquella fase, que referimos sumariamente: la comisión «Bicameral» promovida por D'Alema para impulsar las reformas institucionales cuyo único resultado es el relanzamiento político de Berlusconi⁴¹; la decisión, tras la caída de Prodi, de no ir a elecciones anticipadas, formando

⁴⁰ Véase *ibid.*, pp. 71-77 y 154-156, y Perry ANDERSON: *L'Italia dopo l'Italia...*, pp. 32-37.

⁴¹ Piero IGNAZI: *Vent'anni dopo...*, p. 73, y Simona COLARIZI y Marco GERVAISONI: *La tela di Penelope...*, pp. 95-98.

un Gobierno presidido precisamente por D'Alema con una alianza que reemplaza Refundación Comunista con una formación centrista promovida por el expresidente de la República Francesco Cossiga y compuesta por tráfugas del centroderecha. Una operación política que hunde el experimento del Olivo⁴². La derrota en las elecciones regionales (2000) llevará a la dimisión de D'Alema y a la creación de un nuevo Gobierno guiado por Giuliano Amato. En tales circunstancias, a Berlusconi le resulta fácil acusar a la izquierda de «transformismo», calificándola de símbolo de la vieja política que para mantenerse en el poder está dispuesta a todo, traición del mandato de los electores incluida⁴³.

Durante este periodo los DS parecen en dificultades. Apenas constituida la nueva formación política, D'Alema se convierte en premier y deja la secretaría a Veltroni. El cambio tutela los equilibrios internos pero contribuye a abrir una nueva fase de movimientos oscilatorios en el partido: una formación política encaminada hacia un perfil marcadamente socialista pasa a ser dirigida por el defensor de la opción «democrática», mientras que el exsecretario, convencido asertor de la centralidad del partido, se convierte ahora a la idea de que un «verdadero líder» necesite tener una proyección institucional. La desorientación y una sensación de opacidad en la toma de decisiones parecen prevalecer. En vísperas de las elecciones de 2001, la impresión es la de una derrota anunciada. Con la amplia victoria de Berlusconi, esta vez aliado con la Liga Norte, termina una década caracterizada por importantes éxitos económicos y por el ingreso del país en la moneda única. Por ello, parte de la historiografía ha definido los años noventa como una década «reformista», no asimilable a la sucesiva, rechazando la denominación del conjunto del periodo, 1994-2013, como el «ventenio berlusconiano»⁴⁴.

Se trata de una interpretación que se sustenta en elementos relevantes; sin embargo, no es menos cierto que desde el momento de su aparición en la escena política Berlusconi ha impuesto un

⁴² Giuseppe VACCA: *Il riformismo italiano...*, pp. 112-120; Francesco BARBAGALLO: *L'Italia repubblicana...*, pp. 234-240, y Guido CRAINZ: *Il paese reale...*, pp. 332-337.

⁴³ Simona COLARIZI y Marco GERVASONI: *La tela di Penelope...*, pp. 117-123.

⁴⁴ Véanse Alberto DE BERNARDI: *Un paese in bilico...*, y Giuliano AMATO, Andrea GRAZIOSI: *Grandi illusioni...*, pp. 212-217.

nuevo lenguaje político, ha construido una estrategia cultural ganadora y —también cuando ha estado en la oposición— ha sido determinante en la fundación de nuevos cánones de comunicación entre los líderes políticos y los ciudadanos, en la impostación de nuevas estrategias de construcción del consenso y en la interpretación del «sentido común» de los italianos postideológicos. Los reformistas del Olivo, siguiendo la estela de Amato y Ciampi, han desempeñado una función indispensable en la década, salvando el país del abismo financiero y poniendo las bases para su ingreso en el euro, pero no fueron capaces de imponerse como sujeto político socialmente hegemónico, quedando relegados a ser una minoría en el país⁴⁵.

La experiencia de la izquierda en el Gobierno presenta dos caras distintas: positiva sobre las cuentas del Estado, insuficiente sobre las reformas sociales e institucionales; óptima en lo referido al consenso internacional, pero con grandes dificultades para ampliar el consenso interno. En esta dualidad se identifica un elemento común de la izquierda europea en el cambio de milenio. Una izquierda que, tras el éxito de la integración monetaria, no logra proseguir por aquel camino, no es capaz de promover una efectiva integración política de la UE, replegando hacia una dimensión nacional y defensiva. De esta forma, la política se subordina a los grandes cánones neoliberales, atrapada en las estrecheces de las compatibilidades económicas y los dictados de las economías y los mercados globales, perdiendo su propio perfil reformador⁴⁶.

La izquierda italiana se expone más a estos riesgos porque es más tímida que otras en la reivindicación de posibles elementos divergentes con el *main stream* dominante, teniendo un núcleo constituido por una clase dirigente y una generación excomunista que de hecho no ha resuelto la cuestión de la relación con su propia historia. Es como si la remoción del pasado, sin la adecuada anamne-

⁴⁵ El Olivo obtiene en 1996 cerca de medio millón de votos más que el Polo de las Libertades. La Liga Norte, que en aquellas elecciones se presentaba por separado, sumaba, sin embargo, más de 3,5 millones de votos. Más proclives a hablar de época berlusconiana son Piero IGNAZI: *Vent'anni dopo...*; Giovanni ORSINA: *Il berlusconismo nella storia d'Italia...*; Antonio GIBELLI: *Berlusconi passato alla storia...*, y Alfonso BOTTI: «Per una storia del berlusconismo e dell'Italia berlusconiana oltre Berlusconi», *Storia e problemi contemporanei*, XXVI, 64 (2013), pp. 13-33.

⁴⁶ Giuseppe VACCA: *Il riformismo italiano...*, pp. 150-153.

sis, llevara a una mayor tendencia a la adecuación a los cánones político-culturales hegemónicos, tratando ciertamente de proteger los sectores neurálgicos del propio electorado, pero sin producir una propia, reconocible y autónoma visión de conjunto. De esta forma, es precisamente el PDS el que más a menudo se muestra como el defensor más convencido del espíritu *pro-market* que caracteriza a los Gobiernos de centroizquierda⁴⁷.

Un partido con un óptimo personal político, capaz de crear «buen Gobierno» a nivel central y una eficiente administración en la periferia, y de construir alianzas con las elites ilustradas del país decididas a afrontar el desafío de la innovación en el nuevo contexto europeo, pero con grandes dificultades para hacer emerger su «propia razón social», es decir, un proyecto redistributivo basado en la justicia social.

El nuevo Olivo y el Partido Democrático, 2001-2008

El ingreso en el euro otorga a Italia el derecho a estar en la escena europea. Al mismo tiempo, impone decisiones políticas drásticas para afrontar los problemas pendientes del país, comenzando por la deuda pública. Son necesarios un cambio de paradigma y la concienciación de que una fase histórica ha quedado atrás. Sin embargo, los beneficios inmediatos del euro llevan a la clase política a posponer las reformas estructurales para corregir el declive industrial del país, la ineficiencia del Estado, la promoción de una racionalización del gasto público y el restablecimiento de la competitividad de un sistema económico que en el pasado siempre había confiado en la posibilidad de devaluar la moneda nacional.

El retorno al Gobierno de Berlusconi es acompañado de muchas esperanzas. En realidad, pronto quedó claro que el Berlusconi de 2001 era «más netamente y tradicionalmente de derechas»⁴⁸, y estaba expuesto a los estados de ánimo de la Liga Norte y condicionado por el enorme conflicto de intereses propio, tenía inclinaciones marcadamente populistas y, por último, la tentación de promover posiciones euroescépticas como fácil coartada frente a las

⁴⁷ Piero IGNAZI: *Vent'anni dopo...*, pp. 85-86.

⁴⁸ Giuliano AMATO y Andrea GRAZIOSI: *Grandi illusioni...*, p. 230.

dificultades⁴⁹. La respuesta de la izquierda a la derrota es ardua. Los DS, reducidos al 16,6 por 100 y debilitados por las divisiones internas, no parecen en condiciones de proponer una reflexión sobre el éxito de Berlusconi a partir de nuevas bases analíticas y, sobre todo, falta una explicación del fracaso del Olivo.

Entre los DS el enfrentamiento más duro es protagonizado por D'Alema y Cofferati, líder del sindicato de tradición «socialcomunista», la CGIL. Se trata de un momento importante. El sindicato había tenido en los años noventa un papel fundamental en las políticas de concertación que habían permitido alcanzar los objetivos europeos y se había puesto de manifiesto su capacidad de suplir un sistema político sacudido por una profunda crisis de legitimidad. Conseguidas esas metas, la armonía entre el centroizquierda y la CGIL se había evaporado gradualmente frente a las distintas valoraciones sobre las políticas de previsión social y de protección del trabajo. El deterioro paulatino de la histórica relación privilegiada entre la CGIL y la izquierda política comporta, en los albores de la nueva década, dos consecuencias estructurales. En primer lugar, la CGIL pierde su punto de referencia político-cultural y en los años siguientes acentúa su vocación autónoma con el objetivo de convertirse en un elemento aglutinador de los movimientos de oposición al centroderecha, a la globalización neoliberal y a las políticas de ataque a los derechos sociales y del trabajo. De esta forma, la trayectoria de la CGIL tiende a ser poco lineal, estratégicamente incierta y oscilante entre la propia, sólida, cultura sindical de la negociación colectiva y un movimiento político de inciertos objetivos. En segundo lugar, la distancia que se crea entre los DS y la CGIL debilita a la izquierda, confundiendo sus referencias sociales y las estrategias, volviendo opacas la concepción y la colocación del trabajo en la visión de la sociedad. Cada vez resulta menos claro si para la izquierda política el sindicato es un elemento conservador ligado a un periodo ya concluido o un interlocutor importante aún para construir alianzas reformistas.

Más allá de los problemas con el sindicato, quedan pendientes la reflexión sobre el Estado del bienestar, las compatibilidades económicas y los desequilibrios de los mecanismos de protección y

⁴⁹ Véase GIUSEPPE VACCA: *Il riformismo italiano...*, pp. 173-206.

previsión social evidenciados por las fracturas generacionales, impidiendo focalizar el perfil político de los DS y volviendo imprecisa la intención reformista⁵⁰. En este sentido, los elementos de continuidad con el PDS prevalecen: la nueva formación política propone un grupo dirigente inmutable —el nuevo secretario, Piero Fassino, proviene del PCI y de la generación que llegó a la cúspide del partido con Occhetto—, pero sobre todo queda sin resolver el problema de la relación entre el partido y la coalición. Permanece entre los DS la contradicción entre el relanzamiento del Olivo como coalición compacta y la idea de que el partido tuviera que tener, en todo caso, un papel fundamental; una vez más, la encrucijada entre el fortalecimiento de la fisonomía socialista de los DS o la adopción de una estrategia decididamente «olivista», abierta a los movimientos e implícitamente «democrática»⁵¹.

Volver a proponer el esquema del Olivo, apostando una vez más por Prodi, es la opción que prevalece en vista de las elecciones europeas de 2004 (31,4 por 100 de los votos) para después llegar en el otoño de 2005 a las «primarias» —elecciones abiertas a los inscritos y los simpatizantes del centroizquierda, a las cuales participan más de cuatro millones de personas— para elegir el candidato a premier. Prodi obtiene porcentajes plebiscitarios (75 por 100) y se anuncia la intención de crear, con la fusión de DS y Margarita, el Partido Democrático. Se trata de un decidido cambio de fase: ahora el objetivo prioritario es ir más allá de la experiencia de la socialdemocracia para fundar un nuevo sujeto político reformista. Una vez más, así como el «giro» del 1989-1991 no se había fundado en una elaboración crítica del pasado comunista, también ahora la «meta democrática» parece muy subordinada a una finalidad política, poco sedimentada y escasamente ligada a una cultura en grado de reelaborar una visión amplia de la última década y de constituir una referencia común para un personal político —excomunistas y exdemocrístianos— que proviene de experiencias muy diferentes. Queda la impresión de que se pasa de una fase de gran convicción en la vía socialdemócrata al «giro democrático» sin una adecuada interpretación de la historia de la izquierda italiana y de la transición poscomunista⁵².

⁵⁰ Alberto DE BERNARDI: *Un paese in bilico...*, p. 148.

⁵¹ Giuseppe VACCA: *Il riformismo italiano...*, pp. 230-231.

⁵² *Ibid.*, pp. 233-238.

El segundo Olivo, ahora denominado «La Unión», gana ajustadamente las elecciones de 2006. Por segunda vez, Prodi vence a Berlusconi, pero con un margen inesperadamente reducido, apenas 24.000 votos⁵³. El Olivo, tras el fracaso de 1998, tiene una segunda oportunidad, pero la coalición es muy amplia —desde Refundación Comunista hasta los moderados de centro—, unida sobre todo por la aversión a Berlusconi, y se basa en una exigua mayoría.

El segundo Gobierno de Prodi transcurre sin acontecimientos relevantes. Se trata de dos años incoloros que conducen a un final anticipado de la legislatura. A diez años de distancia, las analogías con el primer Gobierno del Olivo son numerosas, pero ahora el contexto es más sombrío. En el país, la pérdida de confianza hacia la política ha aumentado, la Italia de las corporaciones parece capaz de paralizar cualquier intento de liberalización, la estructura protegida y «familiar» del capitalismo italiano debilita los resultados de las privatizaciones⁵⁴. A estas alturas, los electores del centroizquierda observan resignados la incapacidad del Olivo de desarrollar una línea política unitaria. El poder de veto de los partidos y las divisiones internas en el Gobierno generan una sensación de impotencia y de bloqueo. A la base de todo se encuentra la debilidad estructural del reformismo en este periodo: minado por un déficit de hegemonía social y cultural, no es capaz de superar las dificultades de «garantizar contemporáneamente la consolidación de las cuentas estatales, la protección del Estado del bienestar y el desarrollo»⁵⁵. Falta la capacidad de diseñar reformas compartidas sobre el mundo del trabajo, las pensiones y los impuestos. A menudo el Olivo parece más interesado en navegar sin rumbo en la esperanza de encontrar compromisos con sus partidarios, evitando temas sensibles como los derechos adquiridos y posponiendo cualquier decisión políticamente arriesgada.

El dramático fracaso de «La Unión» influye también en el acontecimiento político más importante del periodo: el nacimiento

⁵³ La Unión conquista el 31 por 100 mientras que al Senado los DS y la Margarita se presentan por separado, consiguiendo respectivamente el 17,4 y el 10,7 por 100. Refundación Comunista obtiene el 5,8 por 100. Véase Edmondo BERSELLI: «Due Italie, forse», en *L'Italia nonostante tutto*, Bologna, Il Mulino, 2011, pp. 157-171.

⁵⁴ Alberto DE BERNARDI: *Un paese in bilico...*, pp. 128-129.

⁵⁵ Simona COLARIZI y Marco GERVASONI: *La tela di Penelope...*, p. 187.

del Partido Democrático. Resulta evidente, en efecto, que cuando en el otoño de 2007 las primarias eligen como secretario a Veltroni, con la participación de más de tres millones de electores, la popularidad del Gobierno, a pesar de los buenos resultados económicos, «se había hundido»⁵⁶. Esto no ayuda a un proceso político que si bien suscita nuevas esperanzas —por fin una decisión estratégica para superar las indecisiones del pasado y las divisiones del presente—, se enfrenta a obstáculos importantes. En un periodo de creciente distancia entre la política y los ciudadanos, de críticas cada vez más rabiosas hacia los privilegios y la corrupción de la clase política, de la «partitocracia sin partidos» percibida como una «casta»⁵⁷ lejana de la vida real, el objetivo del PD es muy ambicioso: «convertirse en el contenedor político de todos los reformismos presentes en las culturas católica, socialista y comunista, divididas en el siglo XX por el predominio de las grandes ideologías pero ahora libres de fundirse en un único partido»⁵⁸. Sobre esta base, el PD se propone como un nuevo modelo de partido, capaz de renovar las relaciones del partido con la sociedad y los movimientos de opinión, de abrirse a los que se mueven fuera del «coto cerrado» de los políticos profesionales, de recoger el espíritu de participación manifestado en las primarias, de valorizar las experiencias de los gobiernos municipales y de impulsar un programa reformador.

En su programa, Veltroni propone un nuevo pacto generacional en el cual la reforma del Estado del bienestar se inscribe en un proyecto político capaz de combinar la reforma de las pensiones y un sistema de incentivos en favor del trabajo de los jóvenes. Redefinir los cánones del Estado social, reformar el aparato del Estado, impulsar el crecimiento y la movilidad social con un nuevo pacto social, son sus objetivos. El planteamiento es valiente, innovador en comparación con la lentitud de los DS y La Margarita, y representa un esfuerzo importante hacia una «reforma de la política» inaplazable para recuperar la credibilidad de los ciudadanos. «Hay una

⁵⁶ Edmondo BERSELLI: «Partito democratico o partito ipotetico», en *L'Italia nonostante tutto...*, p. 194.

⁵⁷ Gian Antonio STELLA y Sergio RIZZO: *La casta. Così i politici italiani sono diventati intoccabili*, Milán, Rizzoli, 2007.

⁵⁸ Simona COLARIZI y Marco GERVASONI: *La tela di Penelope...*, p. 189.

fuerte sensación —se observa— de que esta sea la última prueba de confianza que los seguidores del Olivo han querido dar al grupo dirigente del partido»⁵⁹.

La esperanza y la desilusión están estrechamente ligadas. Más allá de las dificultades de un momento histórico en el que las relaciones entre los partidos y la sociedad se encuentran al borde de la ruptura, y de la imagen negativa que muy pronto el Gobierno proyecta sobre el nuevo partido, existen razones específicas que contribuyen a dificultar el despegue del PD. Desde su creación, de hecho, más que la sede de una nueva cultura política compartida por un grupo directivo homogéneo, el partido parece un espacio político en el que los dirigentes de los DS y de la Margarita están más ocupados en repartirse puestos y cargos que en la definición de un proyecto reformista⁶⁰. El PD, a pesar de los esfuerzos y de la popularidad de su líder entre la opinión pública, adquiere el perfil de ser una «fusión fría», aceptada por los aparatos de los dos partidos más por necesidad que por real convicción. La evidencia de tales contradicciones se revela tras la crisis de Gobierno y la derrota en las elecciones de 2008, en las cuales el PD rechaza una alianza con la izquierda radical⁶¹, y estalla en toda su crudeza con la dimisión de Veltroni en 2009.

Los fracasos y las decepciones abren un amplio espacio a los movimientos que denuncian la incapacidad de la política para representar las necesidades de los ciudadanos, que acusan a la «casta» de ser autorreferencial, corrupta e intocable, de no tener ideas para sacar el país de las crisis; entre ellos emerge el Movimiento 5 Estrellas guiado por el cómico Giuseppe Grillo, capaz de obtener un consenso creciente.

⁵⁹ Guido CRAINZ: *Diario di un naufragio. Italia 2003-2013*, Roma, Donzelli, p. 102.

⁶⁰ *Ibid.*, pp. 76-77.

⁶¹ El centroizquierda, formado por PD, Italia de los Valores —liderado por Antonio di Pietro— y los radicales, obtiene el 37,5 por 100 de los votos, mientras que el centroderecha, unido en la lista el Pueblo de la Libertad, llega al 46,8 por 100. Por primera vez la izquierda radical se queda fuera del Parlamento. Un análisis útil en Edmondo BERSELLI: «Partito democratico o partito ipotetico», en *L'Italia nonostante tutto...*, pp. 185-201.

Epílogo (2008-2014)

La caída del segundo Gobierno de Prodi en 2008 parece una réplica de lo sucedido en 1998, pero, como es bien sabido, la historia no se repite. En aquel entonces se había logrado un gran objetivo —el ingreso en el euro— y la crisis de Gobierno había sido causada por visiones estratégicas divergentes; ahora, el final anticipado de la legislatura provocado por la salida de la mayoría de una pequeña formación centrista, parece ligado a razones de escasa importancia⁶². No sólo, por tanto, un segundo fracaso clamoroso, sino también un «desmoronamiento» dramático, que otorga una nueva e inesperada posibilidad a Berlusconi; y, aún más, contribuye a abrir una brecha en la relación entre la izquierda política y su electorado, poniendo en grave crisis al neonato PD, que había llegado a suscitar nuevos entusiasmos. A partir de ahí se abre la puerta al abstencionismo y a la antipolítica, al «fenómeno Grillo» y a la deslegitimación del conjunto del sistema político.

El tercer Gobierno de Berlusconi, a pesar de una amplia mayoría parlamentaria, no es capaz de poner fin a esta tendencia. No sólo eso, Italia en esta fase parece un país a la deriva. La inacción y la insuficiencia del Berlusconi de los años 2008-2011, una especie de prórroga de una trayectoria política llegada a su fin, se perfila como una fase inercial, de «consenso sin confianza», en la que las ambiciones liberales son sustituidas por un confuso proteccionismo corporativo, en salsa nacional-populista, que lleva a la disgregación de la coalición de centroderecha y, por último, a la parálisis⁶³.

Mientras tanto, la estabilización del PD, muy maltrecho tras el nuevo éxito de Berlusconi, queda todavía lejos. El péndulo de la izquierda vuelve a oscilar: la mayoría de los excomunistas —apoyada por el sector más tradicional del catolicismo social— fuerza la dimisión de Veltroni. Tras una nueva derrota en las europeas de 2009 y una regencia de Dario Franceschini, vuelve a la cabeza del partido un grupo dirigente contrario a la visión «postideológica y modernizadora» de Veltroni, que vuelve a proponer la vía

⁶² Guido CRAINZ: *Diario di un naufragio...*, p. 104-109.

⁶³ Edmondo BERSELLI: «Un esercito perso nella nebbia», en *L'Italia nonostante tutto...*, pp. 213-219.

socialdemócrata. Como líder del partido es elegido, siempre con las primarias, Pierluigi Bersani, exponente del ala pragmática del reformismo poscomunista, que había sido varias veces ministro y comprometido con las políticas de liberalización. Con el enésimo relevo al vértice, el partido una vez más cambia la dirección, confunde su identidad y varía la estrategia: de la construcción de un partido de vocación mayoritaria capaz de ir más allá de las fronteras de su electorado se pasa a la creación de un sujeto político catalizador de una alianza política que pueda recuperar las relaciones con la izquierda radical y se extienda también a las fuerzas centristas. Tras quince años pasados en la búsqueda de una identidad e intentando consolidar una cultura política, se vuelve al esquema de los años noventa⁶⁴. De esta forma, el partido de Bersani no es capaz de desempeñar un papel importante en el final político de Berlusconi: el Gobierno de *Il Cavaliere*, con un consenso muy debilitado por los escándalos, cae por el agravamiento de la crisis financiera y las presiones de las instituciones europeas.

El PD ha tardado en entender los cambios en la sociedad italiana, a menudo ha aceptado las reglas de juego definidas por Berlusconi arriesgándose a adoptar sus estilos y modelos políticos. Al mismo tiempo, ha promovido la bandera del «antiberlusconismo», útil para componer alianzas pero «distorsionadora desde el punto de vista analítico»⁶⁵. El resultado de todo ello ha sido la personalización y la agudización del enfrentamiento con Berlusconi, que en todo caso ha convivido con periódicas tentativas de reconocimiento recíproco que han terminado por volver a dar a *Il Cavaliere* espacio de iniciativa política.

De esta forma, frente a la disolución del Gobierno de Berlusconi, el PD queda al margen, limitándose a apoyar la iniciativa del presidente de la República, Giorgio Napolitano, que confía el gobierno a Mario Monti⁶⁶. Un ejecutivo técnico, apoyado por una mayoría *bipartisan* (PD y Forza Italia), encargado de hacer frente

⁶⁴ Alberto DE BERNARDI: *Un paese in bilico...*, p. 155.

⁶⁵ Alfonso BOTTI: *Per una storia del berlusconismo...*, p. 23.

⁶⁶ Perry ANDERSON: *The Italian Disaster...*, pp. 11-13. Una visión opuesta, que relaciona la actuación del Gobierno de Monti con la experiencia de los Gobiernos reformistas de los años noventa se encuentra en Giuliano AMATO y Andrea GRAZIOSI: *Grandi illusioni...*, pp. 246-247.

a la emergencia del *spread* y llevar a cabo las reformas más urgentes para el país: el trabajo y las pensiones. Un ejecutivo que representa el fracaso de la clase política berlusconiana pero que evidencia también los límites de la oposición de izquierda y muestra hasta qué punto ha llegado el descrédito de los partidos y el conjunto del sistema parlamentario, dejando al Movimiento 5 Estrellas el espacio de la oposición. Una implosión política y la utilización de la élite tecnocrática como último recurso del país que recuerda el periodo 1992-1993: de aquella crisis surgió un nuevo protagonista, Berlusconi, e inició una época inédita de la política italiana; en ésta aparece un joven líder, Matteo Renzi, capaz de hacerse con el poder en el PD y de iniciar, a su vez, lo que parece un nuevo ciclo. Se podría decir que se pasa, en la extraña cuenta de las «repúblicas» italianas, a la «Tercera República» sin haber pasado verdaderamente nunca por la «Segunda».

El resultado de las elecciones políticas de 2013, en las cuales la coalición de centroizquierda prevalece por un estrechísimo margen sobre el centroderecha (que pierde siete millones de votos) y el Movimiento 5 Estrellas se convierte en el primer partido superando por un puñado de votos al PD, no permite a Bersani la formación de un Gobierno, dada la imposibilidad de una alianza con la fuerza «antisistema» de Grillo. En esta parálisis se enmarca el desastre de la fallida elección del nuevo presidente de la República, con la dramática fractura en el PD, que implica a las viejas corrientes y grupos de «ex» —comunistas y democristianos— impidiendo la elección de Prodi. El episodio concluye con la petición unánime a Napolitano para que prolongue su propio mandato. El presidente acepta y pilota la creación de un «Gobierno de amplio apoyo» —sostenido por el PD y Forza Italia— guiado por el vicesecretario del PD, Enrico Letta. Pero es sólo una cuestión de tiempo. La fallida elección del presidente de la República y el creciente descrédito del grupo dirigente del partido, que hundió la elección de uno de sus símbolos y fundador del partido, certifican el final de una época y crean las condiciones para el ascenso al poder en el partido de Renzi y la formación de su Gobierno.

La incapacidad de construir una alternativa creíble al modelo berlusconiano y la pérdida de confianza del electorado hacia el grupo dirigente del PD, considerado una «oligarquía inamovible» y dividido internamente por razones de carácter personal, «in-

capaz de hacer las cuentas con las propias derrotas y las propias insuficiencias»⁶⁷, allana el camino a Renzi y a la idea de «mandar al desguace» al conjunto del grupo dirigente, a toda una fase histórica, a una generación política. Frente a tantas oscilaciones, cambios de dirección y pérdidas de credibilidad, una generación que ha dirigido el partido desde 1989, la de los «cuarentañeros», viene desafiada por el alcalde de Florencia con formas inéditas: una comunicación simplificada y dirigida directamente a los electores —cuyo símbolo son los *tweet*— que hace saltar a la «casta» del partido y a los «viejos ritos» de la política; un enfoque postideológico, quizás postpolítico, que disuelve los vínculos con las culturas políticas del siglo xx, y un llamamiento generacional que implica la noción del «nuevo comienzo». Un líder que el centroizquierda no había tenido nunca —con la excepción parcial de Veltroni—, capaz de estar plenamente en la escena de la «democracia del público» del enfrentamiento personalizado y de los tiempos dictados por los (nuevos) medios de comunicación.

La fallida elección del nuevo presidente de la República representa, de esta forma, un hito y, de hecho, el agotamiento de la trayectoria política de una generación que había guiado el paso al poscomunismo al inicio de los años noventa, señalando el ocaso de una cultura política cuyas raíces se hundían en la experiencia histórica del movimiento comunista del siglo xx. Resulta difícil de decir si esto ha implicado la marginación definitiva de la cultura política de izquierda, en la forma en la que ha sido históricamente definida. Ciertamente se ha agotado la «fuente del siglo xx» de la izquierda y sólo el futuro dirá si ha sido reinventada por los «nativos del PD», la nueva generación política que no proviene del PCI o de la DC y sobre la cual sabemos todavía demasiado poco. Lo que es seguro es que, una vez más, este nuevo viraje del mayor partido de la izquierda italiana (por primera vez no guiado por un secretario proveniente del PCI) se efectúa eludiendo la confrontación con la propia historia, con una cesura drástica respecto a las experiencias precedentes, enfatizando retóricamente la necesidad de lo «nuevo», un poco como se hacía al inicio de los años noventa. Un nuevo «giro» que deja sin resolver los problemas de definición

⁶⁷ Guido CRAINZ: *Diario di un naufragio...*, p. 212.

identitaria y cultural del partido, por el momento velados por la fuerza del nuevo liderazgo renziano, tanto que el nuevo secretario y nuevo premier desde 2014, en virtud de un resultado electoral jamás conseguido por el partido —más del 40 por 100 en las elecciones europeas de 2014—⁶⁸ puede afirmar ante las críticas de la minoría de izquierda del PD: «no acepto *diktat*, con el Olivo se han perdido veinte años»⁶⁹.

Como decía el eslogan de la campaña electoral de Renzi, «Italia cambia verso»⁷⁰. Si lo hace, y en qué dirección lo hará, no resulta todavía muy claro. Lo cierto es que, tras los años de la Italia berlusconiana, ha «cambiado *verso*» la izquierda.

Año	Acontecimientos	Afiliados	Resultados electorales (%)
1989	Achille Occhetto, secretario del PCI, anuncia «el giro»	1.421.230	
1990	XIX Congreso del PCI	1.264.790	
1991	XX Congreso del PCI: nace el PDS	989.708	
1994	Massimo D'Alema, secretario del PDS	698.287	Elecciones legislativas: 20,36% Triunfo de la coalición de centro-derecha liderada por Silvio Berlusconi
1995	I Congreso del PDS	682.290	
1996			Elecciones legislativas: 21,11% Triunfo de la coalición de centro-izquierda, Olivo, liderada por Romano Prodi

⁶⁸ En términos absolutos, sin embargo, los votos de Renzi son inferiores al resultado obtenido por el PD de Veltroni en 2008, poco más de 11 millones frente a más de 12 millones. La diferencia la hacen el hundimiento de Berlusconi: Forza Italia no llega al 17 por 100 y sobre todo el número de votantes que no llega al 60 por 100.

⁶⁹ Así titula *La Repubblica*, 15 de diciembre de 2014, que refiere una frase del premier. Es decir, frente a los que, dentro del partido, piden una discusión crítica sobre el «nuevo curso», Renzi responde imputando al viejo grupo dirigente las incertezas y la incapacidad de tomar grandes decisiones estratégicas en los años precedentes, buscando con ello la deslegitimación de la oposición interna y, de hecho, del conjunto de la generación de poscomunistas.

⁷⁰ La expresión se refiere a la necesidad de un decidido cambio de dirección de la política italiana y, al mismo tiempo, a un «cambio de marcha» en la toma de decisiones, aumentando significativamente su velocidad.

<i>Año</i>	<i>Acontecimientos</i>	<i>Afiliados</i>	<i>Resultados electorales (%)</i>
1997	II Congreso del PDS	640.838	
1998	Nacimiento de los DS, secretario Walter Veltroni	613.412	
2000	I Congreso del DS	555.171	
2001	Piero Fassino, secretario de los DS	598.085	Elecciones legislativas: 16,6% Triunfo de la coalición de centro-derecha liderada por Silvio Berlusconi
2005	III Congreso del DS	543.907	
2006			Elecciones legislativas: 17,5% Triunfo de la coalición de centro-izquierda liderada por Romano Prodi
2007	IV Congreso del DS Nace el PD, secretario Walter Veltroni		
2008			Elecciones legislativas: 33,17% Triunfo de la coalición de centro-derecha liderada por Silvio Berlusconi
2009	Pierluigi Bersani, secretario del PD	791.517	
2013	Matteo Renzi, secretario del PD		Elecciones legislativas: 29,54% Gobierno de larghe intese liderado por Enrico Letta (PD)
2014	Matteo Renzi, presidente del Consejo de Ministros	366.641	Elecciones Europeas: 40,81%

[Traducción de Jorge Torre Santos]